

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una de las felicidades que proporciona París es que reparte a sus moradores, ó por lo menos á las eminencias que de allí proceden, patentes de eterna, inmarcesible juventud. ¿Habéis notado cuánto duran allí los soles sobre el horizonte? ¿Habéis observado cómo las grandes actrices, las grandes héteras, los grandes artistas, en París, no envejecen?

Sara Bernhardt, á los setenta años (que no anda muy lejos de ellos), estará encarnando—con unas piernas derechísimas y un llevar de cabeza amuchachado—el tipo juvenil del *Aiglon*; y Jane Hading viene á hacer las delicias del público madrileño en papeles que no serán de ingenua, pero tampoco de característica, á una edad que algún irrespetuoso calificaría de mayor que la de dos loros juntos, pero que yo sólo aprecio por el dato de haberla visto representar *Safo* en París, hace veinte años, en el esplendor de su belleza y ya en el apogeo de su carrera y de su fama.

Y añadiré que si París conserva cuidadosamente las glorias consagradas y admitidas, no suele, en cambio, otorgar certificaciones de gloria en edad juvenil, y menos á las actrices, que, al cabo, necesitan seguir una especie de escalafón para llegar, por pasos contados, á lo culminante de su difícil arte.

Nosotros, en cambio, no damos tiempo á que madure la fruta verde; la molemos á fuerza de alabanzas intempestivas y de odiosas comparaciones; pero es de ver con qué desdén impaciente sacudimos el árbol para desechar la fruta por pasada, y echarla al pudridero.

Mi buen amigo Eugenio Rodríguez de la Escalera, cuyo notorio seudónimo es *Montecristo*, acaba de sufrir un ataque de enfermedad de rico, por contagio: acaba de saltar del confortable cojín de un magnífico automóvil, á la poco mullida grava de la carretera.

Nueva y simpática víctima del deporte de moda, que conservará toda la vida, en sus huesos, el estremecimiento del choque y la señal del combate por la ultra y extra-civilización.

Es decir... No estoy enteramente segura de esto que digo. No estoy segura de que *Montecristo* quede escaldado y no vuelva, soldada ya su fractura y serenado su espíritu, al mundo de los *records* rápidos y de los neumáticos y las piernas rotas.

Hay miel en el peligro, hay cierta sensación cuya dulzura es innegable, aunque no sepamos justificarla, en la idea de llevar la vida vendida.

No cabe discutirlo: el *auto* será todo lo práctico y todo lo útil que ustedes quieran; pero la gente ha visto en él, más allá de la comodidad y de la utilidad, algo que es poesía, una poesía muy peligrosa, muy belicosa, la necesidad de descrismarse que se siente muy á menudo, y que es, según Flaubert, una de las sugestiones más insidiosas de la *Quimera*.

Y he aquí por qué no estoy cierta de que mi amigo y compañero de labor periodística *Montecristo*, á quien deseo prontísima curación, rehuya en lo sucesivo la tentación de la marcha vertiginosa cuesta abajo, de la velocidad de balada fantástica alemana y del acatamiento á los últimos preceptos de la que hace cuarenta años se llamaba «voluble diosa».

Los escritores, si tuviésemos un poco de amor propio profesional, debiéramos darnos a todos los diablos leyendo la noticia que recorto y que verán mis lectores. La encuentro en *La Epoca* y la transcribo tal cual la encuentro, con su comentario:

«La cuantiosa gratificación de más de 467.766 pesetas que el Ayuntamiento ha acordado conceder á los arquitectos municipales Sres. Salaberry y Octavio

por el proyecto de la Gran Vía, ha causado—hay que reconocerlo—pésimo efecto en la opinión.

»Ni el Ayuntamiento está tan desahogado que pueda y deba hacer esos espléndidos donativos, ni se explica nadie que, retribuyendo á sus funcionarios y habiendo pagado él todos los gastos del proyecto, tenga la obligación de otorgarles retribución extraordinaria tan cuantiosa, ni, en último término, se trata de un proyecto tan original y extraordinario que justifica esa pródiga gratificación de cerca de dos millones de reales.»

Yo voy á comentarla desde otro punto de vista; el de la impresión que en un trabajador intelectual y artístico de la pluma causa esta gratificación otorgada á otros trabajadores entre artísticos y científicos, que seguramente, para ser remunerados con una suma que representa la seguridad y el bienestar de la vida entera, no habrán invertido más de un año de una labor cuyo mérito no voy á aquilatar, pero que otros arquitectos podrían desempeñar lo mismo; para un proyecto de Gran Vía, se debe suponer capacidad en todo arquitecto; ya por lo menos en dos se ha reconocido, y aun en tres, pues el proyecto se atribuye á un tal Sr. Velasco, para mí desconocido, al igual de los otros dos.

El literato, el artista, no suele juntar, aun ahorrando, después de una vida entera de fatigas y luchas, ni la mitad del millón de reales con que el Ayuntamiento de Madrid gratifica á sus arquitectos por un proyecto de ensanche y hausmanización.

Y el literato, el artista, para aspirar á algo, necesita distinguirse entre sus émulos; ser capaz de algo de que la mayoría de sus colegas es incapaz.

Por eso, lo repito, la noticia de los dos millones del Ayuntamiento de Madrid hace meditar en la vanidad de las cosas humanas... y artísticas.

La verdad es que en las épocas de transición (no sé si habrá habido alguna que no lo fuese) se ven asociaciones de ideas y de hechos, extrañísimas; cosas que, como suele decirse, se dan de bofetones al verse juntas.

¿Ustedes se hacen cargo de lo que es un *meeting*? Sajona la palabra, sajón el concepto, el *meeting* sólo alcanza su pleno desarrollo y eficacia en países donde hay ciudadanos penetrados de sus derechos y deseos de hacerlos valer, de confirmarlos á cada relación de la vida civil. Los *meetings*, en Inglaterra, en los Estados Unidos, son naturales, son una institución orgánica; pero ¿concebís un *meeting* en Moscou contra el *knut*, un *meeting* en Siberia contra la deportación? Tan fuera de ambiente, tan inarmónico parecerá el *meeting* en Rusia, como parece en España para conseguir «los toros en domingo.»

Yo, bien lo sabe Dios, no soy partidaria de toros ningún día de la semana; pero si dudase del acierto de la ley que los prohíbe en domingo, empezaría á creer en ese acierto al notar que la protesta en contra de la prohibición legal toma forma de *meeting*.

Si estuviésemos en los tiempos de la España taurina, ¡qué *meeting* ni qué calabazas! Asistiríamos á un hermoso y furioso *motín*, con todo el aparato que ha solido requerir el interesante argumento de esa clase de funciones por horas. Los razonamientos serían estacas y trabucos, los discursos interjecciones, el desfile el arrastre de algún personaje... y por lo menos la cosa tendría su color local, su fisonomía y su genuino sabor.—Esto del *meeting* para sacar á flote la tauromaquia me recuerda el romance de Franquelo, en que se burla el poeta, con tanto donaire, de la corrida de toros traducida al francés, del toreo con guantes y del violín que substituye á la murga. Traducir al inglés las aspiraciones de la afición y el bullir de la sangre torera, representa el colmo de la invasión de extranjería en eso que hemos llamado, por tantos años, típico, castizo, español hasta las cachas y demás adjetivos de castañuela y pandereta.

El interés por la guerra disminuye. Los que no somos ni japoneses ni rusos, vamos encontrando que se prolonga más de lo debido. Con doble razón encontrarán pesada la broma las naciones beligerantes.

Esa carnicería espantosa; esa ansiedad llegada al paroxismo; esa inquietud mortal; ese gasto de energía concentrada en un solo fin y distraída de la normalidad de la existencia; ese derroche, por sangría de las cuatro venas, de sangre y de dinero, han llegado á asustar y deprimir el ánimo, exaltado al mismo tiempo por espectáculo de innegable heroísmo. La defensa y el ataque de Port Arthur, al igual, nos prueban que hay cuestiones en que no cambia la historia, y que los héroes no pertenecen á la fábula.

¿Caerá la valiente plaza? ¿La tomarán sus archivantes sitiadores?

Los estrategas de café y de corrillo debaten cuatro

mil veces por semana este punto, sin llegar á esclarezcerlo.

«Plaza sitiada, plaza tomada»... En guerra, como en amor, se desmiente á veces el axioma.

Si llega á caer Port Arthur, ¿cuanto diera por estar en Tokio el día en que la victoria se supiese!

Al través de la alegría delirante que había de producirse y desencadenarse en calles y plazas, hogares y corazones, ¿quién sabe si se transparentaría algo de esa misteriosa alma nipona, que tantas sorpresas está dándonos y que tantas nos reserva quizás?

Si hace dos ó tres años alguien hubiese indicado solamente la posibilidad de lo que hoy sucede, de la aparición de los japoneses vestidos, armados, disciplinados é instruidos á la última, teniéndoselas con una de las grandes, fuertes, aterradoras potencias militares europeas, nadie creería á ese augur.

Sin embargo, los hechos hablan.

¿No podrá sobrevenir algo más impensado, y revivir ahora, cuando estemos distraídos, el gran terror de la Edad Media europea á las hegemonías de la raza amarilla?

No estamos en tiempos de Gengis Kan, ni es de temer que una horda pique á sus caballos é invada, arrasando y talándolo todo, las tierras de Europa.

Hoy las naciones se imponen comerciando ó guerreando, pero guerreando con esa peregrina mezcla de sabiduría y valor, de humanidad y furia, de cálculo é instinto, que observamos en la táctica y en la estrategia de los japoneses.

Ha tenido excelente ocurrencia una señora ó señorita de las que solicitan postales con autógrafo; y como no todo ha de ser murmurar de los postalófilos, me apresuro á hacer público el discreto y generoso procedimiento de dicha señora ó señorita.

La inmensa mayoría de las que cultivan el género, no envían ni la tarjeta que se les ha de firmar. Algunas envían su propia carta insuficientemente franqueada, y tenemos que abonar aquí recargo. Enviar la tarjeta y el franqueo correspondiente es ya portarse muy bien. La señora Wallace hace más. Al pedirme un autógrafo, lo acompaña con un donativo de veinte pesetas para la Colonia Escolar de la Lagoa. Perfectamente discurrido, y yo quisiera que cundiese el ejemplo. Así colaboraríamos en obra buena y de caridad los que escribimos y los que nos dispensan el honor de solicitar nuestros pensamientos y nuestra firma. Ningún provecho material reporta al escritor el que por su firma se haga un donativo á los pobres, pero le causa—al menos á mí—una satisfacción íntima muy verdadera. Y además demuestra que algo vale esa firma, ese pensamiento, cuando hay quien lo adquiera imponiéndose un ligero sacrificio. Lo que se da de balde al primer desconocido que lo solicita, pierde toda importancia. No tendríamos, si se cotizasen á veinte pesetas los autógrafos postales, tanta demanda de ellos; pero los que los pidesen los desearían realmente, los estimarían más, y no nos los demandarían, á veces demostrando perfecto desconocimiento de nuestra labor literaria y hasta de nuestro criterio estético, al remitirnos tarjetas tan feas y de tan detestable gusto, que no sé cómo hay cara para pedir que se las adornemos con versos ni prosas.

Para odisea, la de un arrendatario de consumos, en un ayuntamiento rural de mi tierra.

Amotinándose contra él los vecinos, resueltos á escabecharle. Una señora caritativa le escondió en lugar nada pulcro—el cubil del cerdo.—Fué milagro que no le descubriesen, pues rodearon la casa de la señora, y le plantan fuego, á no estorbarlo la Guardia civil. La multitud registraba los coches de línea, ojeaba los matorrales, á fin de dar caza al arrendatario, al «sacamantas», según decían. Las mujeres, como en la novela de Zola *Germinal*, eran las más furibundas, las resueltas á que no escapase con pellejo. A las tres de la mañana, aprovechando un momento favorable, salió el perseguido de su escondrijo, en el estado de suciedad y hediondez que cualquiera puede figurarse. No hubo más recurso, para salvarle, que afeitarse y vestirle de señora. Y en tan gentil atavío, custodiado por unos parientes suyos, emprendió la caminata, que ha debido de ser recreativa, hasta la playa, donde una lancha le aguardaba ya.

Todo esto prueba que ese impuesto hace las delicias del público, que su popularidad va en aumento, que acabarán por levantarle una estatua al inventor, y que sin necesidad de convocar á ningún *meeting*, cuando á la gente se le atufan las narices y se le revuelve la bilis, protesta de un modo pintoresco, con la misma energía con que lo hiciera un carnicero inglés al borde del Támesis.

EMILIA PARDO BAZÁN.